

# Stella Díaz Varín: a trancas y barrancas

Esteban Navarro

**C**igarrillos sin filtro, de esos que lleva en un bolsillo un rubio estadounidense montado en una moto, fuma Stella Díaz Varín. El cigarrillo que corresponde a su voz profunda, gruesa y grave, que no a su historia, a sus anhelos, a sus dolores. Aunque tal vez Kerouac y Dean Moriarty y Marylou fumaban cigarrillos sin filtro como estos.

Altiva, digna, echándose a la espalda la soledad, la exclusión, las privaciones, Stella Díaz habla claro y seguro.

Quienes no la conocen o la conocen superficialmente, la ven como un personaje irreverente y mítico, como una poeta de quien se cuentan tantas cosas y sabemos de verdad tan poco.

Nacida en La Serena en 1929, reside en Santiago desde 1947 cuando se vino a estudiar Medicina, con la secreta ilusión de ser Siquiatra.

Recién este año publica su cuarto libro, después de 33 años de silencio. Silencio editorial eso sí, porque nunca dejó de escribir, de noche, «hasta las tres de la mañana», robándole tiempo al tiempo que le roban hijos y nietos que la habitan y a veces la invaden.

Este es el ñau-ñau de la cosa.

—Stella, ¿tú eres irreverente?

—¿A qué llamas tú ser irreverente?

—Bueno, a hacer y decir cosas que no todos se atreven a hacer y decir...

—Bueno, a lo mejor creo que es necesario ser irreverente. Te advierto que es un hermoso lujo que me he dado durante toda la vida.

—¿Es un lujo?

—Para mí es un lujo, claro que es un lujo...

—Me estoy acordando de un homenaje a Allende en plena dictadura...

—Claro, un homenaje a Allende y se metió Tomic. Entonces, yo dije: ¡Bueno! , ¿a qué vengo yo aquí?, ¿a escuchar a Tomic o a recordar a Allende?

—**Pero tú no lo dijiste para callado...**

—No. Lo dije a grito pelado... Y había un auditorio comiendo, comiendo con tenedores, carne y otras menestras. Es que me parece ridículo que si tu vas a un homenaje a Allende salga el señor Tomic — ya muerto, desde luego, y lo lamento por su familia, no lo lamento por el país ¿ya?— y venga a decir «si en un momento determinado el señor Allende hubiese hecho caso ...». Entonces yo encontré que era una consecuencia, una estupidez, primero que nada por la cosa espantosamente farisaica que involucraba todo esto. Sepulcros blanqueados, y no me gustan los sepulcros blanqueados, no me gusta la podredumbre vestida de etiqueta, ¡no me gusta! No me gustó nunca...

—**Tú fuiste amiga de Allende, lo conociste bien...**

—Yo no fui amiga de Allende, pero yo estuve con él cuando se dividió el Partido Socialista el año 52. Esa fue la época en que ingresé al PS y me quedé con la fracción de Allende. Entonces, según la otra fracción yo era una trotskysante porque me juntaba con los trotskystas, que eran unos seres de intelecto bastante alto, gente estudiosa que había en el país, gente del P.O.R. Bueno, era un movimiento trotskysta bastante fuerte que había en Chile, al que los comunistas andaban persiguiendo, los stalinistas andaban persiguiendo poco menos que con escobas... Entonces a mí me daba una risa profunda porque yo les decía a los comunistas que Trotsky tenía toda la razón y que ya venían. Bueno, compañero, escúcheme: Trotsky tenía toda la razón porque no he visto nunca un sujeto más deleznable que Stalin, que traiciona la revolución de octubre... Y parece que tenían la razón los trotskystas y yo con ellos. A mí me echaron del Partido Comunista por eso. Fui aspirante al PC y me echó el señor Galo González el año 47. Además porque el señor González Videla había peleado con el PC ¿ya?; y yo, según los comunistas de ese tiempo, era «espía». Pertenecía a la PP, la policía política, yo, flaca como un espárrago, con 17 años, pertenecía a los espías de la PP...

—**¿Y qué hay de cierto que fuiste amiga de Gabriel**

**González Videla?**

—¡Yo jamás fui amiga de ese despachero!

—**Bueno, cuéntanos mejor de aquellos años. Tú llegaste de la Serena a Santiago el año 47.**

—El primero de mayo de 1947. Tenía 18 años.

—**Te viniste a estudiar...**

—Me vine a estudiar. Y traía en la cabeza toda la literatura rusa y la explotación del hombre por el hombre ¿te imaginas? ¡Yo era comunista acérrima! Mi mamá me daba unas zurras locas, mi hermano mayor que era liberal me daba unas zurras locas. Mi papá había sido liberal balmacedista y era un hombre extraordinario — fue alcalde de La Serena — y se murió cuando yo tenía 7 años. Mi mamá era rica y vivíamos con mi abuela materna y con 4 empleadas viejas venidas del campo. Entonces era una especie de matriarcado espantoso en mi casa ¿ya? y nunca más hubo un hombre; entonces yo me las di de hombre... Ese es el ñau-ñau de la cosa.

Bueno, y me vine y entré a trabajar a la D.I.C., La Dirección de Informaciones y Cultura, dirigida por Ricardo Boizard; al frente del cerro Santa Lucía estaba. El año mismo 47 di mi primer recital en la sala de conferencias de la Universidad de Chile, avalada por Aníbal Bascuñán. Lo di sola, vestida con un vestido verde color manzana...

—**¿Quién te presentó?**

—¡Nadie! Yo sola entré ahí y leí unos poemas que nunca se publicaron en realidad. Con un vestido que me prestó la María Cristina Menares, una galla que escribe cuentos y que es muy famosa.

Y empecé a trabajar en La Opinión ...

—**En el diario La Opinión...**

—Claro, y antes había trabajado en el diario Extra, cuando todavía no estaba el González Videla traicionando, y también en El Siglo.

—**Tú llegaste a Santiago y entraste a formar parte de la generación de entonces...**

—¡Yo partí inmediatamente a la Alianza de Intelectuales de Chile! Estaba Quintana de secretario y Neruda de presidente. Estaba Pancho Coloane y Tomás Lago y Angel Cruchaga

Santa María. Y una vez, pregúntale a Pancho Coloane, luego yo a una reunión y de repente Angel Cruchaga se para y dice: «Compañeros, camaradas, no podemos seguir hablando porque aquí en el seno de la Alianza hay una espía...Y yo miraba para todos lados para sacarle la cresta al espía, pero resulta que me apuntaban a mi, así que yo era espía y eso me persiguió hasta que Neruda, Coloane, Tomás Lago y Rubén Azócar dijeron que no fueran huevones, ¿entendís?

—Y eso ¿a qué se debía?, ¿se debía a los tradicionales celos entre los poetas, y a las envidias? ¿A qué se debía?

—Si yo te dijera esas cosas... Bueno, yo lo voy a decir: Lo que pasaba era que en el PC no se podía ir contra las normas, no se podía trasgredir las normas, y yo lo único que quería era trabajar por el Partido y por eso me echaron pu' huevón, por revolucionaria, por trotskysta, por revisionista; yo, una cabra chica que venía llegando de provincia. Conmigo echaron a cualquier cantidad de gente extraordinaria, macanuda. Ahí salió Enrique Lihn, al poquito tiempo Armando Cassíoli también, porque eran gallos limpios, serenos, tranquilos, ¿me entendís? ¡Si yo esta huevá la conozco hace muchos años!

—Y publicaste tu primer libro el año...

—El año 29...

—¿Cómo se llamó ese libro?

—Razón de mi ser...

—¿Quién te lo publicó?

—Bueno, mira yo le leía mis cosas a todo el mundo. Le leí mis cosas a Nicanor Parra, a Pancho Coloane, a Humberto Díaz, a Mariano Latorre, a Sancho, a Perico y a Diego. Entonces, todo el mundo me decía: «tienes que publicar», y un día pasó una de esas cosas extrañas que pasan: me dijeron «alguien quiere hablar contigo, ¿quieres publicar tu libro?». Y yo respondí: ¡Claro que quiero publicar mi libro!

«Bueno, entonces don Domingo Morales Ramos quiere hablar contigo». Domingo Morales ya había publicado a otros poetas jóvenes; a Irma Astorga, a Dámaso Ogaz, escribió un poema maravilloso cuando tuve a mi hijo, un poema extraordinario que empieza así: «Algo en la vida la despide siempre», un poema tan lindo, una maravilla de poema.

—¿Y qué pasó con tu primer libro...?



—Ese libro lo publicó Domingo Morales Ramos y salió en la víspera de la navidad de 1949. Imagínate, yo llegué el año 47 y el 49 publicaba mi libro...y Alone lo comentó...

—Alone te comparó con Huidobro...

—Sí, aquí ando trayendo ese artículo...(Busca en su cartera, saca papeles).

—Déjame ver...

—Claro, el comentario se llamaba «7 poetas», pero Alone comentaba nada más que el mío. Esto apareció el primero de Enero de 1950, recién publicado el libro...

—¿Tú leías a Huidobro? ¿Te gustaba Huidobro?

—Mira, había leído algo de Huidobro...

—¿Qué poetas eran tus poetas favoritos?

—Rilke y Tagore. El jardinero, por ejemplo. Y eso que antes no teníamos acceso fácil a los libros.

—¿Cómo te las arreglabas para leer?

—Iba a la Municipalidad en La Serena.

—Y ahí leías...

—Ahí leía y me prestaban libros, lo que nadie hacía.

—¿Qué leías?

—A Rilke, a Tagore, a la Mistral, las primeras cosas de Neruda que recién llegaban. Leía a Victor Hugo, leía a Schiller, a Platón, a Aristóteles ¿ya?

—A los 15 años...

—A los 16 años me leía todo eso porque estaba en la Municipalidad de La Serena. Y, ¿sabes tú quién me motivaba? Un señor Walker González, un señor horrible, que seguramente estaba enamorado de mí hasta las ñauñausensen. Un señor como un monstruo, con la cara llena de gránulos, de nódulos y de cosas... ¡Era espantoso...!

—Y estaba enamorado de ti...

—Ese hombre, fíjate, me decía: aquí le tengo, me decía, y me pasaba los libros más bellos del mundo. Me decía, aquí tiene a Rilke, aquí tiene a Valéry, aquí tiene a Aristóteles, llévelo para su casa, léalo. Y el hombre me quedaba mirando con una mirada perruna, terrible, increíble y yo no sabía ni la por lo redonda ¿ya?

Bueno, pero en realidad, leí lo mejor, escondida fumando cigarrillos Flag, en mi casa, con una madre maravillosa, extraordinaria e inteligente, pero frágil porque no estaba acostumbrada a los avatares. Entonces yo me hice fuerte. Yo creo que ahí está la cosa.

—Bueno, y en Santiago, el año 49, publicaste «Razón de mi ser» y tuvo mucho éxito...

—Se agotó...

—Y cuatro años después publicaste «Sinfonías del hombre fósil»

—Resulta que el año 49 estaba en vías de nacer mi hijo y el año 50 nació mi hijo y me casé. Tuve mi hijo y publiqué el 53 Sinfonía del hombre fósil, en el sentido del hombre pétreo, del hombre arcaico, del hombre olvidado, del hombre único y miserable. En realidad eso era.

—¿Y qué pasó con este libro?

—Se agotó también... Luego, el año 59 me editó el grupo Fuego Tiempo, medida imaginaria, un libro bien atormentado, bien terrible, con una visión de la vida y de las cosas tal vez bastante individualista; un poco desencantada, si pudiera decirse.

—Desde entonces no publicaste más.

—Seguí escribiendo de otro modo; estuve un tiempo enferma, tuve una úlcera y lo pasé muy mal como tres años. Me recuperé un poco y seguí escribiendo pero con una visión

completamente diferente de todo lo que era la vida cotidiana.

¿Qué es un escritor?, ¿qué es un poema?, ¿qué es la poesía? Es una forma de vida, te diría yo, y nunca dejé de pensar que era una forma de vida.

—**Cuéntanos un poco cómo vivían ustedes en esa época. ¿Constituían una generación de amigos?, ¿se reunían?**

—¡Sí, claro! Todos los días y todas las noches...

—**¿Dónde?**

—En cualquier parte. En realidad eso de que El Bosco y todo eso...Te voy a decir que El Bosco era un terminal o un puerto de pasada ¿ya? ; no era un puerto de llegada, como te diría un marinero. Nosotros estábamos en todas partes. Estábamos en las casas de algunas personas, estábamos en las casas de gente increíble; estábamos en las casas de los obreros, haciendo poesía, haciendo política; estábamos en las poblaciones y como una especie de corolario, colofón y síntesis, partíamos a El Bosco, pero no porque El Bosco fuera punto de encuentro sempiterno. En El Bosco nos encontrábamos porque algunos no tenían teléfono, algunos no tenían casa. El Bosco era el terminal, como te digo, y más que nada el puerto de pasada de todos nosotros...

—**Cuéntanos más de ese grupo, de esa generación...**

—En realidad era un grupo bastante heterogéneo. Aparte el hecho de que se juntaba cualquier cantidad de poetas jóvenes para estar con nosotros que ya habíamos publicado un libro por lo menos. Las mesas se llenaban de gente de las más extrañas cataduras, te voy a decir, entre sastres y teósofos, cosmopolitas, mariposas y otras yerbas. Había también gente muy valiosa, gente investigadora de la juventud. Ahora, no me preguntes los nombres...Bueno, pero estaban todos los periodistas en una mesa, los poetas en otra, las bailarinas — en esos tiempos con calzones bastante largos te voy a decir, que les llegaban a medio muslo y que eran bastante sensuales según los hombres.

En otro lado estaban las boites, donde de repente también íbamos ¿ya? El Patio Andaluz, por ejemplo, y era el colmo porque andábamos como pecadores al otro día, cubriéndonos las caras...

—**¿Dónde estaba El Patio Andaluz?**

—Frente a la Plaza de Armas.

—**Y era una boite...**

—Era una boite donde cantaba la Eva González y se levantaba la pollera y se le veía la mitad del muslo. Ella era la mujer del Retes, el padre de... este momio... Bueno, y estaba la Mona Bell y hasta con Nicanor Parra íbamos para allá, y con Humberto Díaz Casanueva y con Lucho Oyarzún. Era todo un espectáculo...

Bueno, después nos fuimos decantando; los poetas con los poetas, los pintores con los pintores...

—**Nicanor Parra y Díaz Casanueva son mayores que tú...**

—Muchísimo mayores, pero no importaba porque en ese tiempo no se notaba mucho la diferencia... También nos reuníamos con Pepe Donoso, a quien le debo el más grande elogio en la revista *Ercilla* de ese tiempo. También Fernando Undurraga, que se volvió loco; en fin, cualquier cantidad de gente.

—**Y tú dices que los poetas jóvenes se acercaban a ustedes. ¿Quiénes eran los poetas jóvenes?, ¿había llegado Teillier a Santiago?**

—No, Jorge no se juntaba con nosotros, no había llegado a Santiago. Eran otros poetas que no se conocen ahora. Y no me acuerdo...

—**¿Ahí hay un vacío generacional?**

—Hay un vacío, hay un tremendo vacío, porque se produjo en Chile la caída del PC, al que pertenecían todos los poetas jóvenes. Empezó una especie de dictadura de González Videla y pasó lo que pasa siempre: un escape, una huída, una fuga de toda la gente valiosa de este tiempo. Después aparecieron por distintos ámbitos, en el periodismo, en la música, en las bellas artes, y se regresó un poco a la normalidad. Entonces asomó Jodorowsky, Enrique Lihn, Armando Rubio, nuestro gran mecenas que fue Roberto Humeres; Rolando Toro, la Teresa Hamel, cualquier cantidad de gente... Maturana, Altenor Guerrero...

—**Después del 59, después de tu último libro publicado, seguiste escribiendo...**

—Seguí escribiendo...

—Y no publicaste más.

—Boté todo, rompí todo...

—¿Por qué?

—Porque para mí hubo un quiebre, un quiebre emocional. Se quebró toda mi vida, y consideré que todo lo que había escrito no tenía ninguna importancia, ninguna validez, que yo tenía que volver sobre mí misma y reflexionar. Fueron años de romper cosas y ahora me arrepiento porque destruí cosas que eran valiosas desde el punto de vista literario, y no poético sino literario. Hasta que dejé de romper cosas y empecé a retomar la cosa de guardar ¿ya?

—Pero ya sin intenciones de publicar...

—Sin intenciones de publicar nada. Después de eso vino la cosa política que me agarró fuerte. Me absorbió total y absolutamente.

—¿Por qué tanto?

—Porque yo creía, porque yo creía... Porque dentro de todo ser humano existe la seguridad que te da la inocencia. Porque verdaderamente yo creía y me sentía segura. Consideraba que entre escribir —que era para mí la razón de vivir— y la política no había ninguna diferencia. Para mí era tan vital y tan necesario trabajar por una causa que escribir. Y le dediqué todo mi tiempo. Y sigo creyendo, porque verdaderamente creo en el hombre. Pero, ¿cómo creo en el hombre? Yo no creo en el hombre como un ente trasgredido, yo no creo en el hombre como un ente asociado a circunstancias, ¿me puedes entender? Yo creo en el hombre con una tremenda libertad para pensar y para actuar. Desgraciadamente, si tú crees en el hombre de ese modo tú caes en el individualismo más absoluto...

—¿Ese es el riesgo?

—Ese es el riesgo. Bueno, así creo en el hombre, con ese riesgo.

—¿Tú sigues siendo socialista?

—Con ese riesgo... Soy socialista eminentemente convencida de ser socialista. Soy socialista sin apellido, pero corriendo ese riesgo.

—¿Votaste por Aylwin?

—Yo no voté.

—¿No te inscribiste o no votaste?

—No voté; cuando yo voté lo hice por Allende.

—¿Qué opinas de lo que pasa hoy en la política, en los socialistas, en el gobierno?

—¿Quieres que te responda?, ¿lo vas a publicar?

—Quiero que me respondas...

—...Es deplorable.

—¿Tú crees que la época del asco se acabó?

—No, aquí la tengo, a la altura del esternón, justo aquí tengo la época del asco. Yo pensé que la había vomitado y no...

—Cambiamos de tema. ¿La poesía para ti tiene sexo?

—Me parece ridículo todo eso. No. La poesía no es una ecuación biológica. La poesía, si tú la pudieras definir — porque es indefinible— es un arranque sentimental, es una memoria de otro arranque sentimental, nada más.

—¿Qué opinas del feminismo en la poesía?

—¡Lo mismo! Me parece absurdo. No hay poesía de mujeres y poesía de hombres; tampoco hay poesía de travestis ni poesía de homosexuales ni de lesbianas. Hay una poesía. Si el ser humano se quiere manifestar poéticamente, que se manifieste y en buena hora, sea mujer, hombre o en los deslindes...

—Las feministas te aprecian mucho...

—Porque yo las aprecio mucho. Porque considero que hacen una excelente labor, como es de...

—Yo tengo que decir que te estás aguantando la risa...

—¡Yo no me estoy aguantando nada..! No seai desgraciado...

Bueno... bueno, ¿el movimiento feminista dices tú?

—No sé. Hay un grupo de escritoras...

—Mira (interrumpe enérgicamente)... Yo tengo que decir una cosa: nunca en la vida, perdóname que te lo diga, nunca en la vida ningún hombre crítico, ninguna mujer crítico se había preocupado de escudriñar en mis cosas. Nunca, nadie. Ahora recién lo están haciendo, y ¿quiénes lo están haciendo? ¿Es el señor Valente? ¿Es otro señor? ¡No! Son las mujeres, las mujeres con todo el celo que se les atribuye, las que están abriéndome un camino. ¿Quién peleó mi recital en el Instituto

Chileno Norteamericano?. Fue la Ortega. ¿Quién me va a publicar? La Marisol Vera. Bueno, ustedes los hombres, ¿han hecho algo por mí, caramba?

—¿Tú crees que los hombres deberían hacer algo por ti?

—Yo creo que alguno debió haber hecho algo ¿ya? Y no han hecho absolutamente nada. Al contrario: cuando se trató de la Stella Díaz Varín, que es la galla galluda y controvertida y dudabsin, pongámosle una lápida encima a la Stella Díaz. En cambio, las mujeres se han portado estupendamente bien, se han portado como mujeres que son, y verdaderamente están diciendo «miren, esta mujer escribió esto», «a esta mujer hay que invitarla acá».

—¿No será que tú fuiste una especie de adelantada?

—Yo no sé...seguramente, a trancas y barrancas, a puñete limpio...

—A puñete limpio te hiciste tu camino...

—A trancas y barrancas, a puñete limpio, porque yo no he visto nunca a un imbécil al que se le enseñe; yo no creo en esos, al estúpido se le pega y sanseacabó.

—¿A cuántos estúpidos le has pegado?

—¡Ah..! A millones pues...

—A lo mejor estas mujeres que te están publicando sienten envidia porque les encantaría pegarle a algunos imbéciles y no se atreven...

—Si no se atreven que hablen conmigo...

—¿Cuántas veces le pegaste a Lafourcade?

—¿Y qué importancia tiene Lafourcade? Por qué no me preguntas cuántas veces le pegaste al paco del punto, que para mí tiene más importancia. ¿Por qué tengo que hablar yo del señor Lafourcade? Además al pobre Lafourcade le ha pegado equis gente...

—¿Si?

—Se supone pues. Cualquiera que se respete le pega a Lafourcade.

—Entonces la colorina era buena para los combos...

—Es que mira oye... Viste que caíste en la anécdota, en la cosa tonta. No era buena para los combos: sencillamente tenía que defenderme porque verdaderamente los chacales andaban

como mangas de helicópteros encima de mi cabeza...

—**Sobrevolándote...**

—Sobrevolándome.

—**¿Con qué intenciones?**

—Con intenciones diversas mira. Aunque tú no lo creas...

—**Yo no lo creo.**

—Mira, la gente es bastante gente... Hay gente con J y hay gente con G. Toda la gente con mala ortografía me molestó siempre mucho. Y bueno, contra esa gente con mala ortografía me defendía, pues caramba. Las cosas son de ese modo. Pero yo encuentro que esto se alejó bastante del quehacer poético...

—**Si y no porque forma parte de tu vida.**

—Bien claro, porque yo creo que el poeta no está dentro de una burbuja. El poeta es alguien que vive, siente, come, defeca y todo eso. Yo creo que de eso deberíamos preocuparnos un poco, de que el poeta deje de ser una especie de ser mítico, alado y peregrino. El poeta es un ser humano con familia, con necesidades biológicas y con necesidades de todo tipo, al que nadie le da boleto en este país, porque este país, aunque sea de poetas como se dice, es un país que se muere de la risa de sus poetas, hasta que no están en la fama y en la cúspide, que no se las da el país propiamente tal.

—**Es una ironía aquello del país de poetas.**

—Por eso te digo. ¿Qué hace este país por sus poetas?

—**¿Qué crees tú? A ver, echemos una mirada a lo que pasa con las editoriales, con el libro, con el IVA...**

—A mí me parece una cosa increíble, me parece una cosa insoportable, me parece una ridiculez. Mira, yo no sé si tú has leído un libro de Jonatha Swift, un libro que son puras consonantes...Equis, i griega, «En el país de los (Stella imita el sonido de varias consonantes unidas y suena como onomatopeya, de cualquier manera irreproducibile por escrito) ...no sé cuanto...», que es un país de caballeros. Es el libro más maravilloso que yo he leído en mi vida, por lo menos uno de los libros maravillosos que he leído en mi vida. Resulta que llega un naufrago a una isla y se encuentra con un orden perfecto. Una cosa así como «La ciudad del sol» ¿ya? ...ñau, ñau...Pero esto es una cosa extraordinaria; es un libro breve, chico, donde tú puedes encontrar todas las moralejas del

mundo y todas las respuestas. Entonces, tú me preguntas ¿Qué hace este país por sus poetas? ¿Qué hace la autoridad elegida o no elegida o nominada, por su cultura? Yo de repente veo gente, burócratas, que se pasean por el mundo entero gastando millones de dólares, y encuentro poetas que están muertos de hambre en sus poblaciones, donde nadie los infla, aparte del hecho del Director de la Escuela poblacional y el cura párroco. Hay una incongruencia tan grande. Este quiere ser un país culto y tú ves a un ministro de Educación que se preocupa de cosas que no tienen nada que ver con la cultura, porque la cultura está también en la poesía, está en las bellas artes, está en el baile, en la danza, está en la pintura, hasta en la artesanía. ¿Por qué no se crean escuelas para esta gente? No para los poetas, no creo en un poesía subvencionada, nuncamente, yo no creo en eso, pero por lo menos me gustaría que el hombre creador tuviera una base y una mínima seguridad de vida para que pudiera seguir creando.

—¿Cómo crees que se podría conseguir esa mínima seguridad de vida?

—Eso debería venir de la industria privada.

—Tú eres una socialista neoliberal...

—¡No, señor! Lo que pasa es que ya se ve que el gobierno no va a venir. Digo de la industria privada para que paguen los poderosos y los analfabetas. Que paguen estos analfabetas para que otros no sean como ellos. A eso me refiero.

—Y eso ¿Depende de la buena voluntad de la industria privada?

—No. Debe haber un decreto. Que la industria privada tenga un ítem, que unos pocos dólares los dedique a la cultura, como una obligación, a eso me refiero. No soy una socialista neoliberal, usted está muy equivocado. Al contrario, estoy vengándome de esos gallos que han profitado del esfuerzo, del trabajo de todo un país para hacerse riquísimos. Que paguen en parte toda esta canallada y le den a la gente cultura, no solamente pan, no solamente un plato de comida de vez en cuando. Y que el Gobierno haga lo suyo, que avale esto. Pero el Gobierno no lo va a hacer, no lo va a hacer...

—Bien, contéstame esta pregunta: ¿Cuál es tu tipo de hombre?

—A ver...entramos aquí a terreno difícil. ¿Cuál es mi tipo de hombre? (Enciende un cigarrillo, traga una profunda bocanada de humo)...Se me olvidó.

¿Qué buena, ah?

—Muy buena.

—Stella ¿Cuál ha sido tu relación con la Sociedad de Escritores? ¿Has participado en ella?/¿Qué opinas de laSECh?

—Mira...Yo creo que si alguna vez algún organismo, algún ente nacional, se comportó en forma digna, sin importar quién haya estado al mando de este organismo durante el tiempo del asco, ese fue la Sociedad de Escritores de Chile. Siento un profundo respeto por la SECh, con todos sus defectos, con todas sus falencias, sus carencias. Creo que la SECh se comportó dignamente durante el tiempo del asco. Pero, ¿quién llevó a que la SECh se comportara así en ese tiempo? No fue una directiva, no fueron 4 hombres, no fueron 11 miembros, no fueron 14. Fue toda la Sociedad de Escritores, fueron todos los poetas, fueron todos los escritores con muy escasas excepciones desde luego — que siempre hay, menos mal — los que indujeron a las mesas directivas a comportarse. Y ellos lo entendieron así.

—¿Estás participando en la SECh ahora?

—No estoy participando. Además que yo no sirvo para participar teniendo un puesto dentro de las organizaciones. A lo mejor por mi exceso de querer que las cosas sean como yo quiero que sean. En realidad, hasta podría ser un elemento conflictivo en una organización...

—¿Cuál es tu visión de la literatura chilena de los últimos años, del tiempo del asco y ahora último? Te lo pregunto porque hay opiniones diversas. Hay gente que opina que hay mucha paja y poco trigo, o que hay proceso de decantación. Hay algunos jóvenes no tan jóvenes que dicen que se lo están tomando todo —y no precisamente el vino— o que no le deben nada a nadie...

—Antes que nada yo pienso que la literatura es algo atemporal. Tú no puedes culpar a un régimen de despotismo por un acallamiento de la cultura. El hombre siempre va a estar creando, callado la boca, pero creando. Hay muchas cosas que hay que tomar con beneficio de inventario. Yo he

estado en estos tiempos de la dictadura por lo menos 7 años en hospitales y en calidad de indigente. Estoy hablando una cosa que te puede parecer absurda, trivial, pero así es la cosa. Yo nunca dejé de escribir. Ahora, se ha producido una eclosión, un surgimiento de la poesía o de la literatura emergente y la mayor parte no tiene ningún valor literario ni poético. ¿Qué fue lo que pasó? La gente se adscribió, se juntó, se pegó como



una rémora más bien dicho, a toda esta gente que escribía, que se proyectaba, que creaba, como diciendo «yo también soy del tiempo del asco». ¡Claro! Todos fuimos del tiempo del asco; el paco del punto también fue del tiempo del asco, el junior de la oficina también fue del tiempo del asco. Pero resulta que yo creo en las élites, aunque tú me llames a mí como quieras llamarme, yo creo en una élite poética, yo creo que el poeta es poeta y no un aprendiz de poeta. Yo creo que un escritor es un escritor y no un señor o una señora que quiere serlo por haber vivido situaciones cúlmines. Bueno el tiempo es cosa seria, el tiempo es el gran cribador, el tiempo harnea, quién queda, quién no queda.

Y hay otra cosa que me molesta muchísimo que es la cosa generacional. ¿Qué entiendes tú por poesía generacional?, ¿acaso la poesía tiene generaciones de 20 a 30, de 40 a 80, o de dabsin? ¡No creo en la poesía generacional! La poesía es atemporal. Hay generaciones completas en las que no queda nadie, y resulta que pasa otra generación y se salvan 2 ó 3...

—¿Qué escritores de los últimos años conoces o te gustan?

—Hay gente bastante importante y no solamente de ahora. Hay gente de 20 años a esta parte muy importante. Por ejemplo, ¿quién se acuerda de Efraín Barquero, de Alberto Rubio, del hijo de Alberto, Armando? Puchas, hay mujeres macanudas también. La Delia Domínguez, por ejemplo. Para mí, al comienzo, la Delia era una poetisa extraordinaria, con toda esa cosa telúrica, sureña, con esa cosa como una especie de sal de la tierra. No he leído sus últimos libros pero me parecía bastante promisoria. También la Cecilia Casanova, una poetisa angelical pero con grandes hallazgos, con grandes toques inteligentes y de mucho vuelo lírico. La Carmen Abalos que escribió poesías muy buenas y después derivó en el cuento. Hay gente muy importante.

—También hay gente muy importante, Stella, que está celebrando los 500 años ...¿Qué opinas tú del Quinto Centenario?

—Yo podría ser obsecuente. Yo podría ser una persona que no quiere líos con nadie... pero, ¿qué vas a celebrar?, ¿que hayan venido aquí un montón de gallos con lanzas y con armas y con artimañas asquerosas y espantosas y frívolas y

ridículas y malacatosas, a sojuzgar pueblos enteros que tenían una cultura y una maravilla parecida a la santidad?, ¿qué voy a celebrar yo? ¡No creo en el descubrimiento de América! Los españoles, junto con los ingleses, son los peores colonizadores, torturadores y aterradores de la humanidad y no tienen nada que envidiarle ni a los tártaros, ni a los mongoles, ni a los ñaünausensen.

Los tipos son todos terribles y espantosos. Aniquiladores de la cultura, aniquiladores del sentimiento, del pensamiento y del alma de los seres humanos. Esos son los «descubridores». Porque no vinieron a descubrir nada, vinieron a sojuzgar a pueblos enteros. ¿Cómo es posible que le hayan cerrado las puertas al sol estos hijos de la gran serpiente? Porque eso fue lo que hicieron, sojuzgar a los incas y a esa maravilla que fueron los mayas, seres extraterrestres extraordinarios, elevados a la novena potencia en cultura, en comportamiento, en todo. Y vienen estos pobres presidiarios, de la última estofa humana a soguzgarlos. ¿Y quiénes los mandaron? Déspotas como los reyes, que siempre serán déspotas o sinvergüenzas o caraduras.

—**Volvamos a la literatura. Cuéntanos de tu próximo libro.**

—**Los dones previsibles, mi cuarto libro, aparece ahora editado por «Cuarto Propio». Fue un verdadero suplicio corregir las pruebas. Algo muy extraño se produjo: un desánimo, un des-impulso, creo que sin duda algo fuertemente volitivo. El libro tiene su historia. Obtuvo el primer lugar en el Concurso «Pedro de Oña» el año 1987. Triste y exiguo galardón si tenemos en cuenta la época y las circunstancias y que ese Concurso se abolió junto con otros muchos. Solamente volvió a estar vigente desde el año pasado. Desde entonces dormía con otros 4 libros más en una caja de cartón debajo de mi catre. La indiferencia de los editores es cosa seria, tú lo sabes, la poesía «no vende» en el mundo frío e impersonal del dinero, los poetas estamos relegados de los ámbitos del consumismo.**

—**¿Y por qué tantos años sin publicar?, ¿Fué una opción voluntaria?**

—Mira, lo que pasa es que el pasado te esclaviza y cada

momento que transcurre es el pasado. Así se fueron sucediendo los momentos. Es imposible asir el instante mismo. Esto en lo íntimo. Primero fueron los tiempos del ajeteo, de las responsabilidades inmediatas, de la dura contienda por «ganarse la vida» (ya no me la gano, que se pierda, más bien). Luego vino la opción personal. Vinieron los tiempos del asco, de la gran náusea, del espanto y el exilio interior.

Pude haber salido a tomar otros aires y al cabo de algún tiempo regresar con una obra publicada, lindamente impresa y con nuevos bríos para más publicaciones, pero si de algo estoy contenta es de haber asumido mi opción, maltrecha y hospitalizada por años. Eramos tan pocos los pastores con una sola piedra en la honda primitiva los que íbamos quedando y lo hicimos ¿no?; nos quedamos y lanzamos muchas pequeñas piedras... Los quedados, nos llaman ahora los regresados. Bueno, valga la cacofonía por lo menos.

—¿Cuál es tu forma de trabajar? ¿A qué hora? ¿Cómo?

—A la pata la llana, por trancas y barrancas, agregando madrugadas a la madrugada; antes y después de cocinar, entre sueños y sueños; en fin, a como dé lugar. Amparada por el silencio y la sonrisa de los niños que me habitan; entre esto y el aquello unamuniano, entre la agonía y el éxtasis; entre una mañana desoladora casi siempre y una serenidad que voy domesticando hacia el final de la jornada. Porque, si no lo sabes, las mujeres de la casa agregamos arrugas atemporales a las normales con sólo atisbar la maravillosa y espantable incógnita del día siguiente. Y en estos tiempos no hay encuesta valedera que te responda sobre el porvenir, ¿ya?...

—Decías que eres de los quedados, según los regresados. ¿Nunca viajaste fuera de Chile ?

—Te lo dije antes; fuera del país, no, jamásmente. A nadie se le ha ocurrido — si es por mi oficio a lo que te refieres — nunca a nadie se le ocurrió invitarme a parte alguna. Y digo «invitarme» porque yo no podría haberlo hecho por cuenta propia. Hace algún tiempo, una amiga muy querida tenía en mente «llevarme» a Europa. Pero pensándolo bien — y qué bien lo pensó con ayuda del ángel de la guarda — le entró el miedo más espantoso a que yo desembarcara a escondidas en algún lejano puerto y la dejara sola para encon-

trarme en las legiones extranjeras.

—¿Cuáles son tus próximos proyectos?

—Podrías decir, ¿cuáles son las posibilidades a futuro? El escritor tiene la obligación de «rendir» porque para eso es escritor. Así el jugador de pelotas debe marcar tantos porque ese es su oficio. Pero al jugador se le remunera. Cada acierto del bototo le significa un pecunio suculento y la ovación de las multitudes; así lo dicen con voz destemplada los comentaristas de los medios de comunicación. Pero, que yo recuerde, sólo algunos homo sapiens han lanzado su grito de victoria por el triunfo editorial de algún congénere. ¿Llegaremos a vislumbrar al hombre excelente? No muy lejano en el tiempo, no tanto en la historia de las esperanzas fallidas, se diagnosticaba el amanecer del hombre nuevo. Ahora la estupenda y creativa publicidad nos consuela con la presencia del nuevo cerdo. Y que me lo desmientan los matarifes, los bio-genetistas porcinos, los hiper mercados, los absolutistas en guerra contra el colesterol.

Bueno, pero tengo posibilidades de publicar dos libros que quiero mucho: «Crónicas y Fábulas» y «De Cuerpo Presente». Hay gente valiente que se atreve a correr riesgos...Pero fíjate que no sé si alcancen a salir, porque yo creo que en tres años más nadie va a poder escribir en este país.

—¿Por qué?

—Porque el terremoto viene...

—¿De qué grado?

—Grado 10...

—¿Y de dónde viene la predicción?

—(Stella sonríe, prepara su respuesta y en voz baja sentencia)...Podríamos decir que las coyunturas terrestres se separan...

—¿Qué opinas de las entrevistas?

—Que son lo que simplemente son: entre-vistas de una realidad apenas enunciada del entrevistado. Ahora, ¿cuál es su objetivo? Más que pretender llegar a un conocimiento cabal de su pensamiento o su razonado decir, sirve de solaz para el pícaro malicioso. Pues bien, tengo que decirte que no estoy de acuerdo son Saint Beuve, yo no creo que lo primero en literatura sea divertir a la gente.

## Los gladiadores

*Stella Díaz*

**A** sí es.

Los Gladiadores enseñan su caja de resonancia, su interior vibratorio. Siempre he querido ver en el fondo oculto de su pecho, círculos lacustres, ondas convergentes hacia el centro de su plexo.

Ellos, con un suave golpe de espada y a escondidas en una habitación secreta, se entretienen de manera tan graciosa que mueve a encantamiento.

En buena hora he asistido a estos juegos de destreza. Hay veces — siempre ocurre en una noche de tormenta, exclusiva la noche para simplificar la soledad — en que el aire desparra su acústica de transparencia, los Gladiadores me han permitido dar con el acero sobre su corazón.

Qué más podría haber deseado sino la intangible sensación que nos produce la cercanía de la divinidad.

Siento que la habitación se desborda y ya no son los que fueron los espacios conocidos; y el rumor esparcido, metálico como el rumor habitante en una noble campana te cruza, te invierte, te origina.

La música emigra en pájaros a través de las paredes, mientras los vecinos desesperan, siempre los vecinos desesperan cuando escuchan a los niños cantar canto de aquilegias, casi todos los vecinos pertenecen a las razas asustadas, eso lo saben los Gladiadores y se resignan porque es propio de la ira de Dios que los unos malquieran a los otros.

Los Gladiadores ríen alborozados y corren a los campos para escuchar la música de sus aceros.

La distancia les entrega la luz, magnífico presente del gran trueno de la noche cuando el hombre más lo necesita para enfrentar la agonía y sacudir la incertidumbre de sus cabellos.

No era nada fácil, al forzar la mirada tendida, discernir entre el ir y venir de las sombras, a los tigres adventicios, bellos pájaros azules a los cocoteros pusilánimes.

El Gran-Rey-De-Gallarda-Estatura, rodeado de silencio, iluminó el escenario. Magnífico en su negra luz. Sus pupilas —de brasa antigua— iluminaron los palcos sombríos.

Damas y caballeros aguardaban expectantes.

El Gran Rey comenzó el número de la noche.

— Soy autodeterminista, público gentil y cosmopolita...Y mientras la sonrisa hormigueaba en las comisuras de los concurrentes, quebró su antebrazo derecho con la mano izquierda y lo devoró con gran placer —sin duda se notaba de lejos—, con un placer anticipado. Luego, dando muestra de una irrefrenable gula y ejercitando un paso de contradanza, arrancó parsimoniosamente su ojo derecho y se lo tragó. Permaneció un momento muy quieto, como dudando de su apetito. Entonces, para aplacar a la concurrencia que no se mostraba convencida de que con esas migajas hubiese aplacado su hambre, El-Gran-Rey-De-Gallarda-Estatura llamó al empresario en demanda de un puñalito: se cortó un oreja y la obsequió a los caballeros. Echó a volar una libélula y cayó muerto.

Las damas, sintiéndose — y con razón — frustradas y no concedidas, alborotaban reclamando su parte, en tanto el empresario, fingiendo la costumbre, daba las explicaciones del caso.

¿Qué pudo haber ocurrido?

Es que El-Gran-Rey-De-Gallarda-Estatura no devoró ni su corazón ni su miembro viril.

Es tradicional que estos presentes se obsequien únicamente a la prometida de bodas.

Y él había desposado a una doncella, conocida durante la primera infancia.